

LA PROPUESTA DEL SOCIALISMO LIBERAL

Dr. Joaquín García Huidobro
Universidad de Valparaíso. Chile

I. INTRODUCCIÓN

Hasta hace algunos años, muchos criticaban el uso de la expresión “socialismo liberal” arguyendo que era contradictoria. Socialismo y liberalismo, se decía, son doctrinas contrapuestas, de modo que tanto se acerca uno a la primera como se aleja de la segunda y viceversa. Además, basta con haber seguido alguna de las innumerables polémicas que en los últimos años han involucrado a los adherentes de uno y otro bando, para percibir que ellos mismos se ven como separados por barreras infranqueables. Lo que para uno es el respeto de la libertad individual, para su oponente es la consagración de un egoísmo insolidario, y lo que el socialista considera una auténtica democracia, para el liberal no es más que una forma disfrazada de totalitarismo.

Sin embargo, contradictorio o no, el socialismo liberal existe, así es llamado por muchos de sus seguidores, y ocupa el gobierno en países tan reales como España.¹ Esto nos basta para ocuparnos de él, sin perjuicio de hacer notar que sería de gran interés el mostrar que la contradicción aludida no es tal, materia que sin embargo excede el propósito de esta exposición, pero que quizá encuentre en ella algunas ideas que, en un diálogo posterior, puedan ayudar a clarificar la cuestión.

Aunque no pretendemos hacer historia, cabe recordar que una parte

1 "El componente moral del socialismo prolonga y profundiza la moral ilustrada que sirvió de base a las ideas revolucionarias de la burguesía: libertad, igualdad y fraternidad o solidaridad. Se ha dicho innumerables veces que el socialismo es heredero y continuador de la tradición ilustrada y quizá sea el momento de resaltar lo que esto significa. Porque es obvio que liberales y socialistas dan diferentes interpretaciones de estos valores morales: pero no es menos obvio que se trata en esencia de los mismos valores", señala un grupo de intelectuales socialistas españoles: L. Paramio et alii. "El marco teórico del ideario socialista", en *Crítica Social*. Santiago de Chile, mayo de 1990. 22-26.

de los autores y políticos que adhieren al socialismo liberal o renovado fueron en alguna época socialistas ortodoxos, pero que, por diversas razones, en los últimos veinte años fueron abandonando las tesis fundamentales del marxismo, en forma semejante a como lo habían hecho los socialdemócratas a comienzos de siglo. Hoy, en muchos lugares es frecuente que socialistas liberales y socialdemócratas actúen en conjunto e incluso aparezcan confundidos, puesto que cabe reconocer influencias recíprocas. Así, por ejemplo, en Argentina el proyecto socialista liberal ha sido defendido por algunos sectores del Partido Radical, especialmente durante el gobierno del Presidente Raúl Alfonsín, en circunstancias de que dicho partido puede encasillarse dentro de la socialdemocracia, y sus adherentes nunca fueron marxistas. La causa de esa vinculación fue allí el enorme atractivo que sobre el alfonsinismo ejerció el modelo español del PSOE. En otros países, como España y Chile, el socialismo liberal coincide con aquellos sectores que han abrazado la renovación socialista y abandonado el marxismo. Incluso en Chile subsisten como dos grupos importantes los socialistas ortodoxos y los renovados, mientras que en España los primeros han perdido todo protagonismo.²

Entre los factores que influyeron en la renovación del socialismo, están algunos de carácter histórico, como el descubrimiento del auténtico rostro del "socialismo real", tras hechos como la represión de la Primavera de Praga en 1968 y la publicación a mediados de los setenta del "Archipiélago Gulag" de Solszhenitsin. En el plano intelectual, los influyó la lectura de Gramsci, que les permitió ver la importancia de la cultura y los llevó a abandonar las formas clásicas de lucha socialista. Con todo, no sería exacto decir que su filosofía es la de Gramsci, puesto que éste sigue siendo marxista, e incluso, según ha mostrado Fernando Moreno, coincide en lo fundamental con Lenin,³ mientras que el socialismo renovado ha dejado de lado ideas tan fundamentales como la lucha de clases, la dictadura del proletariado o la sociedad comunista. Si bajo algún aspecto pueden ser llamados gramscianos, lo será sólo en el terreno de los medios, pero no en el de los fines.

El caso prototípico para analizar el socialismo liberal es el español, por lo que se tendrá especialmente en cuenta a lo largo de esta exposición. En él. los rasgos de este socialismo se hallan especialmente

2 No hablaré aquí de otros casos como el de México, cuya realidad política no conozco en grado suficiente como para emitir una opinión, aunque cabe reconocer algunos rasgos comunes entre el "liberalismo social" del Pdte. Salinas y el socialismo liberal.

3 Cfr. F. Moreno. *La herencia doctrinal y política de Karl Marx*. Hades. Santiago de Chile. 1979. passim.

nítidos e incluso exagerados, lista ventaja pedagógica a la hora de hacer una exposición sobre el socialismo liberal, tiene, al mismo tiempo, el riesgo de llevar al lector a aplicar, con idéntica intensidad, las mismas características a otros países, lo que no sería justo. Por razones que no corresponde tratar aquí, el caso español presenta un "pureza" que no se da en países como Francia e Inglaterra, e incluso en Iberoamérica, en donde el socialismo liberal está matizado por muchos otros factores.

El presente trabajo está compuesto de tres partes, además de esta introducción. En la primera se resume el análisis que hacen dos autores socialistas de las circunstancias que llevaron a la renovación del socialismo y las coordinadas doctrinales sobre las que ellos piensan que debería discurrir esa doctrina en el futuro. En la segunda parte, que es la más larga, se resumen las notas distintivas del socialismo liberal, para terminar, en la tercera, haciendo una valoración del mismo.

II. RENOVACION DEL SOCIALISMO

Dos autores españoles, Miguel Ángel Quintanilla y Ramón Vargas-Machuca, publicaron a mediados de la década pasada un par de artículos que nos servirán para encauzar nuestra reflexión. Ellos llevan títulos significativos: "Ideas para el socialismo futuro"⁴ y "Socialista después de marxista".⁵

Quintanilla y Vargas-Machuca ponen de relieve el dilema del socialismo, en el sentido de que no parece posible armonizar su práctica política, una vez que alcanza el poder en las democracias occidentales, con sus bases ideológicas. En efecto, su práctica política se nos muestra como democrática, capitalista -ya sea porque quiere o porque tolera serlo-, reformista y burguesa. Su raíz ideológica, en cambio, es marxista, revolucionaria, anticapitalista, antiburguesa y antidemocrática, en cuanto postula la lucha de clases y la dictadura del proletariado. Estas bases ideológicas, además de no armonizar con la práctica política que es necesaria en la actualidad, se encuentran intelectualmente desacreditadas, por factores como el incumplimiento de sus profecías, el innegable éxito económico del capitalismo y la universalización de la democracia.

Es así como para que el socialismo tenga futuro debe asentarse, según estos autores, sobre nuevas bases, a saber: 1) un utopismo racional; 2) un igualitarismo, más político que económico, en el cual el po-

4 En *Leviatán*, n. 11-18. Madrid. 1984. 96-104

5 En *Leviatán*, n. 11-25. Madrid. 1986. 97-112

der estatal contrapesase las desigualdades creadas por la adopción de la economía de mercado, y, por último: 3) una democratización total de la sociedad, sometiendo al principio democrático espacios que hasta entonces estaban reservados a la discrecionalidad privada. Se trata, en definitiva, de propender a una politización de la sociedad civil. La democracia se entiende aquí, más que como un fin, como un proceso y un método para que la humanidad defina los fines éticos que se propone alcanzar.

III. NOTAS DISTINTIVAS

1. Economía de mercado

Lo primero que distingue a la renovación socialista, separándola de sus raíces, es la aceptación de la economía de mercado.⁶ No nos vamos a detener mayormente en esta cuestión, porque parece haber acuerdo general en orden a que hoy en día los gobiernos no hacen en este terreno sino sólo lo que puedan hacer, o sea seguir la única economía que parece ser viable y conducir al éxito. Sin perjuicio de los matices, cabe reconocer una coincidencia fundamental entre las políticas económicas de Gran Bretaña en la época de la Sra. Thatcher, de España con Felipe González, o de la Francia de Mitterrand (aunque este último haya debido renegar del estatismo de sus inicios).

Parece ser que los políticos han llegado al convencimiento de que la infraestructura de la sociedad es de índole económica y que, dada su importancia, debe ser conducida de acuerdo con criterios técnicos, aún a riesgo de que ésto exija cerrar empresas ineficientes, privatizar firmas estatales, o restringir el poder de los sindicatos, materia en la que los socialistas renovados han mostrado una habilidad singular, lo que los hace gratos a ciertos sectores empresariales. El riesgo del libre juego económico, empero, está en parte cubierto por una amplia red de seguridad social.

El Estado, como el *Leviatán* de Hobbes, se reserva la facultad de delimitar las esferas de acción de los individuos, pero cada uno de ellos es libre de hacer lo que le plazca al interior de su coto cerrado. En este sentido, se ha podido caracterizar esa situación como un "estatismo permisivo". En efecto, el fuerte crecimiento económico permite que los individuos gocen de un alto nivel de vida y tiendan a llevar una existen-

6 Ilustrativo resulta: Comisión del Programa 2000. PSOE. *La economía española a debate*. Siglo XXI de España Editores. Madrid. 1988. *passim*.

cia hedonista, que los recluye en el ámbito de lo particular. Así, en las sociedades occidentales es frecuente observar una especie de esquizofrenia, en la que las personas trabajan en forma dura y eficiente durante la jornada laboral, mientras que el fin de semana o en vacaciones se sumergen en toda suerte de gratificaciones sensibles.

En este contexto, la sensibilidad ecológica, en cuanto pone límite al consumo y se pregunta por el valor de una civilización basada en el derroche y la explotación de la naturaleza, no parece ser especialmente grata al socialismo liberal, a pesar de algunas alusiones retóricas y de su utilización para justificar ciertas intervenciones estatales.⁷ Sí ha sido bien recibida, en cambio, por los sectores socialistas tradicionales, quienes, ante el fracaso del marxismo, han visto en la cuestión ecológica ya una forma de mantener ciertos ideales y una preocupación por el futuro, ya una manera eficaz de cuestionar el mérito del triunfo y la extensión universal del capitalismo.

2. Profundización de la democracia

En la idea de profundizar y extender la democracia a todos los ámbitos de la vida, los socialistas liberales han recibido una importante influencia de la Escuela Crítica de Frankfurt, y en especial de Jürgen Habermas, como también de otras corrientes de índole consensualista.⁸ El citado autor alemán nos invita a destruir todas las relaciones autoritarias y las estructuras que las promueven, las que, en definitiva, serían fuente de inspiración y cultivo de actitudes y mentalidades fascistas. Así, sindicatos, familias, Iglesia o cualesquiera otras entidades intermedias deben ser recreadas de acuerdo con nuevos principios y prácticas, de modo que el poder se autogenera y no sea impuesto autoritariamente. Rudolf Willeke y otros estudiosos han mostrado la influencia que la Escuela de Frankfurt ha tenido en los libros de texto utilizados en la educación básica y media alemanas, haciendo ver cómo la dialéctica oprimidos/opresores, que en el marxismo tradicional tenía una índole económica, ahora ha pasado a ser la clave de comprensión de las relaciones al interior de la familia o la Iglesia, por ejemplo.

Es interesante, a este propósito, hacer ver la manera en que la prensa socialista liberal suele tratar el fenómeno religioso. A diferencia

7 Cfr. A. Merino. 'Modernidad y crisis ecológica', en C. I. Massini (ed.). *Ecología y Filosofía*. Edium. Mendoza. 1993. 89-105.

8 Sobre estas corrientes, cfr. C. I. Massini. *Los derechos humanos. Paradoja de nuestro tiempo*. Universitaria. Santiago de Chile. 1987. 75-85 y la bibliografía allí señalada.

del marxismo, se admite o incluso considera deseable la presencia de inquietudes religiosas en el hombre. La crisis de la racionalidad moderna lo lleva a reconocer que no todo lo humano puede ser interpretado y comprendido con claves absolutamente racionales, puesto que en el hombre existen zonas dominadas por el sentimiento y la emoción, en las cuales bien puede haber una creencia religiosa, el gusto por determinada mitología o cualquier otra cosa semejante. Con todo, el fenómeno religioso tal como lo entiende el socialismo liberal debe ser asunto exclusivamente privado. Además, en coherencia con el empeño por profundizar en la democracias, se destacan especialmente aquellas manifestaciones de disidencia religiosa, presentando a las personas que participan de ella como perseguidos que procuran crear espacios de libertad en medio de estructuras represivas.⁹ Asimismo, se promueve a los autores que presentan un cristianismo *light*, es decir, desprovisto de aquellas exigencias morales y dogmáticas que lo hacen difícil de compaginar con la mentalidad y modo de vida de la burguesía occidental. Desde esa óptica hedonista, también, se reinterpretan los derechos humanos e incluso la idea misma de dignidad del hombre, estableciéndose en el consenso democrático el fundamento último de dichos derechos.

3. Despolitización de lo público

Como fruto de los factores antes mencionados, a saber, aceptación de la economía de mercado y profundización de la democracia, se produce un fenómeno que, a primera vista, podría resultar paradójico, y consiste en la despolitización de lo público. Es decir, junto con la expansión del principio democrático a otras esferas de la vida, que -como la familia- antes se consideraban “privadas”, la discusión política misma pierde consistencia. Cada vez hay menos temas específicamente políticos en el debate público. Las decisiones que se deben tomar son técnicas, y no quedan entregadas al ciudadano medio, sino a expertos. No es casual que las nuevas generaciones de políticos socialistas vistan y se comporten de modo muy semejante a los ejecutivos de las grandes empresas. Por una vía sorpresiva se está haciendo realidad el viejo sueño del marxismo ortodoxo, en orden a reemplazar el gobierno sobre los hombres por la administración de las cosas. Todo

9 Cabe destacar que, así como la prensa socialista liberal era crítica respecto del marxismo ortodoxo, no lo fue con relación a la teología de la liberación, por más que coincidían los planteamientos económicos de aquél con las formulaciones extremas de dicha teología.

esto trae consigo una notable apatía política por parte del ciudadano medio, que queda recluido a la esfera de lo privado, no por coacción externa, sino por la fuerza misma de los hechos.

4. Papel de la cultura

Como se decía antes, uno de los aportes que parece haber hecho Gramsci al socialismo renovado es abrirle los ojos acerca del papel de la cultura en la configuración de las mentalidades y de la sociedad. En la tarea de lograr la hegemonía cultural, juega un papel fundamental el intelectual, que deja de ser un hombre dedicado a las abstracciones y pasa a ser un "intelectual-opinador", con una activa presencia en los medios de comunicación social, en los que asume el papel de un nuevo magisterio, adecuado a una sociedad secularizada. La prensa socialista, con tono desenfadado y pluma ágil, se ocupa de ir mostrando, mediante la oportuna aplicación de adjetivos espacio-temporales, como "avanzado". "abierto", "progresivo", "flexible", cuales son las lecturas, películas o modas artísticas de las que un hombre emancipado no puede prescindir. El arte adquiere un relieve especial, pues de alguna manera empieza a cubrir el hueco que deja libre la desaparición de una religión trascendente y dotada de contenidos sustantivos.

El fin de las utopías, al mismo tiempo, parece llevar al fin de los ideales. Un corazón generoso comienza a ser visto como un peligro potencial. La retórica socialista tenderá, en cambio, a multiplicar las evocaciones genéricas a la solidaridad, o a exaltar algunos movimientos radicales en países del Tercer Mundo, a miles de kilómetros de distancia, sin hacer apelación a principios que muevan a una mejora o a una mayor exigencia personal. La cultura socialista es irónica, a veces divertida, pero profundamente escéptica y desencantada.

Una de las tareas que los medios de comunicación de inspiración socialista han llevado a cabo es el resquebrajamiento de lo que podríamos llamar la sensibilidad moral o pudor social.¹⁰ En la discusión se puede hablar de todo, ante todos y de todas las maneras posibles. Me explico: hasta hace algunos años, independientemente de las posturas que se mantuvieran, había un *ethos* fundamental que llevaba a restringir ciertos temas a los especialistas y a considerar que había materias respecto de las cuales se conversaba sólo en privado y no ante cualquiera. Cuando hoy se nos invita a liberarnos de los tabúes, se le da a esta

10 Esto se aprecia con claridad en las campañas de prevención del Sida, tal como se han llevado a cabo en numerosos países.

expresión una connotación peyorativa, pero se reconoce que la sociedad todavía mantiene determinados tabúes, que hay que superar. Sin embargo, desde los tiempos primitivos existe la idea de que lo tabú es lo sagrado, es decir, algo que, por su valor especial, debe ser tratado con un respeto particular. Una de las materias en torno a las cuales existían tabúes era el sexo, y con razón, pues al estar ligado al origen de la vida es una de las dimensiones de la persona que más directamente se conectan con lo sagrado. Una sociedad que ha perdido los tabúes es una sociedad que ha perdido lo sagrado. Pero como lo sagrado supone siempre la idea de límite, de fronteras por las cuales uno no se puede adentrar sin estar interior y exteriormente preparado, en una sociedad así se ha desvanecido la noción misma de límite. Y esto es peligroso. Aunque no lo podemos tratar aquí, cabe recordar que una de las características que definían al poder totalitario es precisamente esa carencia de límites.

Es muy revelador el tratamiento que la cultura socialista hace del cuerpo humano. Puede dar indicios muy importantes acerca de su imagen del hombre. Piénsese, por ejemplo, en toda la carga filosófica que está detrás de su empeño por la educación ideológicamente neutra, por tratar, por ejemplo, la reproducción humana en sus aspectos meramente biológicos. Hasta es una reflexión que hay que hacer, aunque excede los márgenes de esta exposición.

5. Democracia, relativismo y tolerancia

Los autores socialistas han hecho suya una tesis que ha llegado a ser un lugar común en la filosofía política del siglo XX. Autores como Kelsen, Ross y Bobbio, han sostenido que la democracia se fundamenta en el relativismo de los valores.¹¹ Por el contrario, cualquier pretensión de alcanzar principios y valores de carácter absoluto conllevará el peligro de adoptar posturas políticas totalitarias, o al menos autoritarias. Quienes se sienten poseedores de la verdad tenderán casi fatalmente a imponerla a quienes no piensen como ellos. Frente a esta visión, se alza la postura del escéptico, quien, reconociendo nuestra incapacidad para alcanzar principios o valores inmutables, recurre al consenso y la negociación como medio para la formulación de los principios y valores que regirán la vida en sociedad. “Es mejor contar las cabezas que cortarlas”, ha señalado Bobbio gráficamente. Los mismos derechos humanos, cuya protección es tarea primordial de los gobiernos, resultan fundamenta-

11 "La concepción filosófica que presupone la democracia es el relativismo", señalaba Hans Kelsen. *Esencia y valor de la Democracia*. Labor. Madrid. 1977. 156.

dos en el consenso, en la evolución histórica de la humanidad o en otras bases, siempre que no signifiquen acudir a la "ilusión" de un fundamento absoluto. Además, dichos derechos son entendidos a partir de una idea del hombre que coincide con lo que se ha dicho más arriba. Ideas como la dignidad humana son reducidas a la posibilidad de que se le reconozcan espacios de autonomía cada vez mayores.

No se pretende negar que toda sociedad necesita de una ética y que incluso hay valores morales cuya protección debe estar asegurada por vía coactiva, pero esa ética no debe ser una ética de máximos, más propia de héroes, como la que propone el cristianismo, sino una ética mínima. Lo contrario significaría imponer las opiniones morales de los adherentes a una determinada fe, la cristiana por ejemplo, a quienes no la comparten, lo que no sería una actitud tolerante ni conciliable con la convivencia democrática.¹² Los valores que van más allá de ese mínimo ético compartido por la sociedad, se dice, merecen gran respeto, pero deben quedar entregados al ámbito privado. No es que se recomiende, por ejemplo, la tenencia de drogas para el consumo privado, o el practicar abortos, sino que dichas materias son cuestiones que cada uno debe resolver según su conciencia se lo indique.

IV. EVALUACIÓN

La descripción que se ha hecho del socialismo liberal muestra, en buena medida, que nuestra visión de esta corriente no es neutral, sino crítica. Sin embargo, la distancia con que observamos sus planteamientos y las objeciones que más adelante recogeremos no deben dejar en el lector la impresión de que no hay puntos rescatables e incluso de gran valor en sus ideas. Si se toma en cuenta el punto de partida de este nuevo socialismo, es evidente que ha ido muy lejos en sus transformaciones: su renuncia a la lucha de clases y a cualquier dictadura del proletariado han permitido que la discusión política pierda el carácter de una lucha por la sobrevivencia, en la que una derrota podría significar la supresión de los bienes más fundamentales para sus oponentes. El socialismo liberal ha descubierto el valor de las libertades "formales" y de las fórmulas burguesas de diálogo y negociación. Asimismo, su renuncia a imponer sus ideas por la vía revolucionaria, el confiar más en los actos eleccionarios que en las armas, es un hecho cuyo valor sólo el paso del tiempo permitirá aquilatar. Basta ver los programas políticos

12 Sobre esta "moral de conciencia" y su contraposición a la llamada "moral de autoridad", cfr. J. Ratzinger. "Conciencia y verdad", en *Comunión y Liberación*, n. 34. Santiago de Chile. 1991. 22-33.

de ciertos partidos socialistas en la década de los sesenta para comprender que lo que hoy nos parece normal y evidente no lo era en esos años. Corresponde a los socialistas renovados el mérito de haber reconocido muchos de sus errores y haber cambiando allí donde pensaban que tenían que cambiar. Que en el origen de esas transformaciones pueda haber, en algunos casos, meras conveniencias electorales no es un factor que deba disminuir su mérito, puesto que aún en esos casos lo que comenzó como un cambio táctico terminó en una revisión de postulados muy fundamentales. Hechas estas aclaraciones, podemos pasar a exponer algunas de nuestras críticas. Una será política, otra antropológica y la tercera ético-jurídica.

La primera de ellas es muy antigua, fue hecha hace un siglo y medio, cuando Karl Marx no había siquiera escrito sus obras. En pocas palabras, pensamos que el socialismo liberal, con su hedonismo individualista e igualitario, corresponde notablemente a la caracterización del despotismo democrático que hizo Alexis de Tocqueville en *La Democracia en América*. Basta leer los textos correspondientes para entender lo que queremos decir.¹³

La segunda crítica se relaciona con la anterior, y tiene que ver con la imagen del hombre que se desprende de las propuestas del socialismo liberal. Se trata, en buena medida, de un hombre desencantado, que un día tuvo ideales, pero que descubrió que eran imposibles o al menos peligrosos, y que la mejor manera de no volver a sufrir desengaños era ahogar todas las ilusiones. El hombre que parece estar detrás del socialismo renovado es un individuo que ha cedido ante el escepticismo y el pragmatismo; como un viejo desencantado, pero que carece de la sabiduría que a veces acompañan los años, y de la conciencia de la brevedad de la vida, que le permitiría un juicio más lúcido. El socialismo liberal, ante el fracaso de las posturas económicas del marxismo, parece haber tomado en forma irreflexiva lo peor de cierto capitalismo: el hedonismo, que fatalmente reduce la vida pública y concentra a los individuos al ámbito particular, entendido éste no como lo íntimo y personal, sino como lo meramente no-comunicable. Porque el goce sensible, por definición, es difícilmente particular. Parece querer llevarnos a un estadio anterior al de la *polis*, en el que no existe la necesidad del *logos*,¹⁴ sino sólo necesidades elementales, que cada uno puede resolver por su cuenta o asociándose en agrupaciones temporales y rescindibles. El socialismo liberal cree haber descubierto el valor de la diferencia por sobre la

13. Cfr. A. de Tocqueville. *La democracia en América*, vol. 2. Alianza. Madrid. 1980. 264 ss.

14. Cfr. Aristóteles. *Política*. I. 2, 1252 b 30.

uniformidad del marxismo ortodoxo, pero la verdad es que la variedad a la que ha sido capaz de llegar el hombre sin atributos que parece originarse de sus medios de comunicación, no es más que la que deriva de elegir unas experiencias sensoriales sobre otras. Cabe pensar que el cambio que proponía el socialismo renovado no ha sido suficientemente ambicioso, e incluso, por no haberse liberado de la visión materialista de sus predecesores y por agregar a ella un hedonismo pequeño burgués, ha empezado a caminar en la dirección equivocada.¹⁵ Se echa en falta entre sus autores una actitud más crítica frente a la mentalidad secularista, de la que ellos, bajo diversas perspectivas, son efecto y causa.

El modelo de tolerancia que propone el socialismo liberal lleva a un incremento de la tendencia despenalizadora, que ha conocido Occidente en las últimas dos décadas. Con el pretexto de que no se pueden imponer a los demás las convicciones morales o religiosas de un grupo particular de la sociedad, se han dejado sin amparo legal valores importantes, como aquellos que estaban tutelados por los delitos de aborto, adulterio, tenencia de estupefacientes, ofensa de símbolos religiosos y sodomía, entre otros. Pero no se crea que esa tendencia despenalizadora es tan general como parece, puesto que, si se observa bien, se constatará que en otros ámbitos, como el económico el proceso es inverso, y cada vez aumenta el número de los delitos y rigor de las penas. Simplemente lo que ha cambiado es la filosofía que está detrás de los códigos, en el sentido de que sólo se considera jurídicamente relevante aquello que es económicamente cuantificable o que incide sobre bienes, como el cuerpo de un hombre adulto y sano, que son condiciones del proceso económico. Esto puede llevarse a cabo sobre la base de al menos dos supuestos, cuya mantención no depende del socialismo liberal.

El primero es que se confía en que una parte de la sociedad no hará uso de la permisividad que otorga el nuevo marco legal, sino que seguirá viviendo “tradicionalmente”, y manteniendo vivos una serie de valores sin los cuales ninguna sociedad puede subsistir. Más de una vez se ha recordado que el liberalismo moral sólo puede vivir como parásito de una sociedad -o una parte de ellas- que acepta que existen principios éticos de carácter absoluto, mantiene la solidaridad como estilo habitual de vida y practica ciertos estilos de conducta aun cuando no encuentre reciprocidad. Cuánto tiempo dure en un grupo humano este

15. Un reconocimiento de la dificultad de superar esa herencia de uniformidad se encuentra en J. Arrate. "Sobre la segunda renovación", en *Crítica Social* Santiago de Chile, mayo de 1990. 15.

recurso moral que es previo y ajeno al sistema imperante es algo que no se puede predecir.

El segundo supuesto es que los demás actores sociales acepten al menos los principios morales mínimos que propone ese proyecto emancipado. Hasta ahora ha sido así, porque los ciudadanos que piensan distinto en materias éticas se distinguen de las propuestas del socialismo liberal precisamente en que son más exigentes en materias morales que ellas, de modo que no tienen inconvenientes en proteger los valores económicos y se resignan a dejar desvalidos otros bienes de importancia, en aras de la tolerancia. Distinta sería la situación si surgen y se desarrollan movimientos de tipo radical, que no están dispuestos a aceptar ni siquiera el mínimo ético que nos propone la mentalidad liberal de la que es parte el socialismo renovado. Hasta ahora el socialismo liberal ha jugado con ventaja, porque sus adversarios siempre han sido más exigentes que él. Pero, ¿qué pasará cuando lo sean menos? ¿Qué ocurrirá cuando le toque al socialismo liberal el afrontar la acusación generalizada de intolerancia, cerrazón o defensa del estado de cosas vigente? Confiamos en que ese momento no llegue nunca. Pero esta confianza supone que la humanidad no seguirá el camino por el que la conduce el socialismo liberal.